

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince días, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas; y, para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje, en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos*, llaman en Berberia á los moros de Aragon, y, á los de Granada, *mudéjares*; y en el reino de Fez llaman á los mudéjares, *elches*; los cuales, son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que, cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras; y así, se iba al jardin de Zoraida, y le pedia fruta, y su padre se la daba, sin conocelle; y, aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por orden mia, la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios, que lo ordenaba de otra manera,

no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia; el cual, viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde queria, y que el tagarino, su compañero, no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes, hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa sino que, el primer viernes en la tarde, se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno di este aviso de por sí, con orden que, aunque allí viesen otros cristianos, no les dijese sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia; y era, la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y así, determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla; y, con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida, fui allá, y, la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berberia, y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos; digo pues que, en esta manera de lenguaje, me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle, que era esclavo de Arnaut Mamí; y esto, porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo; y que buscaba de todas yerbas, para hacer ensalada. Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto; y, como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego, cuando su padre vió que venia, y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes

(que así se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y así, hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó, á lo menos, á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre, en su lengua, cómo yo era cautivo de su amigo Arnaut Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y, en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis: á lo cual ella respondió: En verdad, que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros.—Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas, en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.—Y ¿cuándo te vas? dijo Zoraida.—Mañana, creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él.—¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?—No, respondí yo; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque, el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.—¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer?—No soy, respondí yo, casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.—¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida.—Tan hermosa es, respondí yo, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de